

tamente, evita que llegue a sus manos la tan traída y llavada carta en la que el Rey le propone su separación de los asuntos públicos, lo que suponía su inactividad, su jubilación; eso que tan mal se lleva por los interesados de vida atareada, ya que el apartamiento de sus actividades supone, para muchos, la muerte civil, seguida, a no tardar, de la física. Por eso fray Francisco Ruiz se opuso tenazmente a que Cisneros llegase a conocer aquella misiva y aun otras dos últimas que se le remitieran, pues conociendo al Cardenal sabía que habrían de precipitar su muerte, que aun con esos cuidados, no tardó en sobrevenir el 9 de Noviembre de 1517.

Muerto Cisneros, fué adscrito al servicio del Cardenal Adriano de Utrech, Obispo de Tortosa, que a aquél sucedió en la regencia y gobernación de España durante la ausencia de Carlos V, del que había sido preceptor y consejero, designado por el empera-

dor Maximiliano, cuando a éste le llegó su fama de hombre recto y sabio siendo rector de la Universidad de Lovaina.

Adriano Dedel —que tal es el nombre del después Papa Adriano VI— elegido entre candidatos del prestigio de los Farnesio, Médicis y Wolsey, único Papa holandés y el último de los habidos no italianos, fué el que confirmó con carácter definitivo el derecho de los Jefes de Estado españoles a presentar en la Santa Sede candidatos para proveer las diócesis vacantes en nuestro país, excepcional prerrogativa que datando de 1482 continúa vigente en el actual Concordato de 1954.

Aunque mal visto en España por su calidad de extranjero, todo cambió al conocerse Vicario de Cristo. No así en Italia donde su severo ascetismo no se avenía ni encuadraba en la vida muelle, cómoda y placentera de la Roma paganzada. A Francisco Ruiz le iba bien la austeridad de su nuevo señor,

al que acompañó hasta su muerte en 1523.

Aún permaneció Ruiz algunos meses por aquellas tierras italianas. En 1524 se encontraba en Génova contratando su sepultura con estatua yacente que en vida le hicieran los escultores Juan Antonio Aprile y Pedro Angel de la Scala, que la terminaron en Junio de dicho año y por cuyo trabajo fueron pagados 825 ducados. De este mausoleo, el conocido crítico alemán Justi, dijo: «El prelado fué modelado en Génova del modelo vivo recordando su figura la del viejo Goethe».

Después se dedica hasta su muerte a cuidar de las atenciones de su diócesis abulense y a mejorar la cofundación del convento y Colegio de doncellas pobres de San Juan de la Penitencia, de cuyo último, por cierto, conocemos el original de las normas fundacionales que dictara el Obispo de Avila, y que en precioso librito conserva un amigo nuestro. Mecenas del arte, en la catedral avilesina y bajo su pontificado se realizaron obras admirables de escultura y decoración por Vasco de la Zarza; se acabó el trasaltar con el sepulcro del Tostado, la decoración del baptisterio que en lo alto ostenta sus armas, la puerta de la sala capitular, la preciosa custodia de alabastro del altar mayor, portada de la sacristía, púlpito y altares del crucero.

En San Juan de la Penitencia, del convento toledano, empleó mucho tiempo y dinero en construir la famosa capilla mayor, donde le enterraron, según expresaba la siguiente inscripción que rodeaba el arrocabe y los escudos del alfarge riquísimo que cubría la bóveda: «Esta capilla mandó hacer el reverendísimo señor Don Francisco Ruiz, Obispo de Avila, del Consejo de S. M., compañero del señor Cardenal Arzobis-

po de Toledo, Gobernador de España, fundador de esta casa, su señor, por lo cual se enterró aquí. Falleció año de MCXXVIII a XIII de Octubre».

Esta inscripción nos dice bien a las claras cuanto nosotros pudiéramos suponer de la identificación entre Ruiz y Cisneros al que, según reza aquélla, allí se le entierra por ser fundación de este último, rindiéndole así, Ruiz, pleitesía de afecto y cariño al compañero, y la más alta devoción y respeto al superior jerárquico, al señor.

El altar, el mausoleo y el famoso artesonado del convento de San Juan de la Penitencia, quedó todo calcinado por el voraz incendio que lo destruyó al comienzo de la guerra de liberación, no quedando actualmente más que las cuatro paredes indicadoras de lo que fué, de lo más bello y evocador de lo que Toledo tuvo y que ¡ay!, cómo fué, será muy difícil que vuelva a ser.

Tales son a grandes rasgos los datos biográficos de este ilustre toledano, que estuvo a punto de ser el sucesor de Cisneros en la silla primada de España, pues ya el Papa León X tenía, en secreto, convenido con él, en poner de gobernador y administrador general de la archidiócesis al Obispo de Avila, por lo que, de haber vivido Cisneros algo más, su propósito de sucederle quizá hubiera llegado a tener efectividad.

